

nos dé a los Esclavos; es increíble la falta que le hacen al mundo esos sacerdotes, verdaderamente celosos, que se sepan matar por el bien de las almas, y que todo lo sufran por darle gloria a Dios. ¿Se necesitan sacerdotes? no cabe duda; pero no sacerdotes interesados, no sacerdotes que trabajen buscando su conveniencia, su bienestar, su comodidad. No queremos Esclavos que se sacrifiquen por ellos mismos, por su honor, por su prestigio, por su familia, nada de eso; el Esclavo debe prescindir por completo de todo cuanto tiene, y desde el momento en que forme parte de la Esclavitud no ha de volver a ocuparse de otra cosa, porque ya no le pertenece a nadie, ni tiene más familia que la de la Congregación y la de las almas que ha de conquistar con su palabra llena de dulzura, con sus consejos impregnados de buena doctrina, con sus ejemplos en los que resplandezca la humildad y sencillez de corazón. Díganme, ¿cuanto bien no harán esos Esclavos en las almas! ¡Qué feliz no se sentirá toda persona atribulada que se acerque a cualquiera de ellos, al ver que hay un sacerdote que con dulzura le escucha, que le tiene paciencia, que le resuelve sus dudas, que le anima y la consuela cuando sufre! Que bien se siente el alma y que fortalecida para sufrir, cuando en sus tribulaciones y amarguras encuentra otra alma que la alienta y la conforta, que si la ve desanimada, que si se queja de su oración es de pura sequedad, de que Dios se le esconde y eso la desalienta, porque cree que ella es culpable, sabe decirle palabras de esperanza, sabe contestarle lleno de bondad: «no temas, si Dios te deja un poco es para probarte; quiere darle fortaleza a tu alma, quiere animarte para el sacrificio, por eso se te esconde, pero no tengas pena, sufre contenta, no desmayes, sigue adelante que estás en buen camino, y si te humillas alcanzarás la santidad.» ¡Cuántas personas habrá que estén deseosas de frecuentar los Sacramentos, que quieran perfeccionarse en la virtud y sin embargo no pueden porque no encuentran un sacerdote (aquí donde hay tanta necesidad de ellos) que vea por su alma, que se interese por ella, que trabaje para encaminarla a Dios! ¡Cuántas otras sentirán ganas de oración, querrán aprender a hacerla, sentirán algunos llamamientos en su corazón y no hallarán un buen director de conciencia que las quiera guiar por ese camino lleno de dificultades! Para eso nace ahora la Esclavitud, y las almas que necesita han de ser fuertes para pasar por todo.

El Esclavo, ya les digo, no ha de pensar en sí mismo, ni su familia, una vez consagrado a la Esclavitud, tendrá derecho de exigir nada de él. ¿Acaso Dios Ntro. Señor no tiene todo el derecho de disponer de lo que es suyo? ¿Acaso cuando El quiere quitarle a un hijo la vida no puede hacerlo? Y en ese caso yo no creo que los padres se atrevan a ponerle condiciones y le digan: «Sí, te lo llevarás, pero siempre que nos dejes todo arreglado; así es que ya puedes pagar primero todas las deudas que tiene nuestro hijo, luego nos aseguras que para siempre nos seguirás sosteniendo, y siendo así ya puedes disponer de él.» No, hijas mías, a Dios no se le ponen condiciones, porque tiene todo el poder para llevarnos a la hora que es conveniente; de modo que las familias no deben regatearle cuando les hace la gracia inmensa de pedirles a un hijo para que le sirva, ni el hijo debe preocuparse ya del bienestar de su familia. El generoso se entrega a servir a Dios cuando lo llama, se da todo, se da desinteresadamen-